





trada, chirrían goznes invisibles, la luna acierta a colocar su imagen en el fondo del aljibe, el agua la devuelve y no se sabe si el pozo es el espejo de la luna o la que está allá arriba es simplemente la luna que quedó capturada en el aljibe.

El pozo es uno de los grandes intérpretes del sueño; en torno de él ocurren cosas misteriosas, dentro de él se oyen mil sonidos extraños. Y hay un sueño que es el resumen de todos los demás, como si una figura vestida de oscuro extrajera del fondo del pozo todo cuanto en él cayó en nuestra infancia, cuanto perdimos en nuestra juventud, todas las ilusiones que fueron a buscar dentro, sobre el agua, el reflejo de la luna.

CENSO DE LOS PATIOS

De Liniers a Núñez, de San Telmo a Floresta, de Paternal a Matederos, se esconden muchocientos mil patios con abundorosos tiestos de palmeras lánguidas o firmes, flácidas o erectas, y retoños de palos de Brasil, y tamarindos condenados por un japonés a no crecer nunca.

En algunos lugares hay girasoles equívocos que sólo saben seguir a la luna. Y sus simientes están vacías, como si fueran una broma que gastaron a nuestros dientes que los quiebran. Y hay también rosas y claveles que desbordan los tiestos en color y en fragancia, y gladiolos como espadas incruentas que un ángel cuzqueño hubiera abandonado para sustituirlas por el arcabuz, siempre más seguro.

INVENTARIO DEL PATIO

Un patio contiene unas grandes paredes blancas, un zócalo de color, unos azulejos que llenan el suelo, un cordón de vereda que separa los niveles, dos o tres columnas que sujetan el porche, tiestos, macetas, grandes proyectos de jardín acodado sobre las paredes, una regadera que se esconde en los tiempos de lluvia y se vuelve importante cuando llega diciembre, un aljibe coronado por una rejería en la que alguien siempre intenta colgarse para ensayar la pirueta sobre el vacío ocasional y doméstico, y hay también plumeros, escobas y útiles de limpieza, porque el patio es el espacio que despeja la casa. Y hay una pelota con la que un niño chutó contra la pared llamándose Pedernera, otro más tarde se dio así mismo el nombre de Di Stéfano y nadie fue Kempes porque ya no había niños en la casa.

El patio es rico en grandes paredes para pintar con carbón versos, frases de amor o corazones de dos en dos ensartados en la misma flecha.

Pero eso no lo hace nadie porque en el patio sólo se encuentra gente respetable, tan austera que cuando alguien va a sacar una fotografía se esconde, en lugar de tumbarse en el suelo o revolver los ojos, como hace la gente vulgar. Por eso la parte más importante del inventario del patio está en todas estas paredes sin escritura. Y un día cualquiera, cuando se desmorone la casa y caigan las paredes, y todos se enteren de que el barrio va a cambiar y que en cada cuadra van a construir un enorme edificio lleno de oficinas-nichos para que los ejecutivos se mueran de tedio mal curado o de infarto mal diagnosticado; cuando la casa vaya a morir, y el patio con ella, y todo esté próximo a hundirse, poetas, enamorados y antiguos habitantes de la casa, pintores ocasionales, músicos que no renunciaron a su cartera de aseguradores, irán corriendo al patio a llenar las paredes con melodías y canciones, con frases de amor y poemas, con dibujos que antes no se atrevieron a poner.

EL PATIO ES UN LUGAR DE ENCUENTROS

Otras épocas lo llamaron Aleph; los vascos le dicen *utsune*; es el lugar donde convergen todas las líneas, el punto inicial de todos los caminos, el lugar al que concurren todos los pasos que se pierden. Inmovilidad de la aguja imantada, perplejidad de los astrolabios, reducido increíble donde se guardan las riquezas tangibles de los reyes sabios.

Es el lugar donde se olvidan las frustraciones y se repite esa frase que no se supo decir en el momento preciso. Y volvemos a vivir ese abrazo y ese beso que ya no sabemos quién nos lo daba. Y somos fuertes y jóvenes. Y no existe la muerte. Y si existe queda muy lejos. Y todo es como un mañana arrogante y gallardo. Y el lugar donde esto ocurre es el patio...—RAUL CHAVARRI (*Centro Iberoamericano de Cooperación. MADRID*).

FRANCISCO GRANDMONTAGNE

Francisco Grandmontagne es el autor más nombrado y menos conocido de los que forman la llamada generación del 98. Recuerdo una conversación de queja de su hija María Teresa. Y el haber preguntado en el mismo Buenos Aires a algún rioplatense vetusto si conocía al tal escritor; la afirmación era pronta y familiar. También las cartas dirigidas a Unamuno, el poema elogioso de Antonio Machado o la antipatía con su paisano Pío Baroja, según me contaba Julio Caro en Itzea.

¿Quién era Grandmontagne? Escribió dos novelas: *Teodoro Foronda* y *La Maldonada*. *Teodoro Foronda* es la vida de un emigrante contada por él mismo. La publicó el propio Grandmontagne en 1896, en su imprenta «La Vasconia», que codirigió con el magnífico tipógrafo Uriarte. La fecha no está muy lejana a la iniciación de la novela en la Argentina. Seguía a la novela histórica, tras los primeros pasos de Echeverría (*El matadero*, 1838). La llegada de emigrantes era masiva —1.800.000 habitantes tenía el país en 1865-75, el triple que a comienzos de siglo—, y con ellos llegaron las necesidades sociales y el establecimiento de una nueva infraestructura urgente y, por supuesto, escasa. Ubicaremos bibliográficamente a Grandmontagne.

LA NOVELA SOCIAL

En 1884, Lucio Vicente López publica *La gran aldea*, intento de reflejo del ambiente porteño de la época. El mismo año ve la luz *Inocentes o culpables*, de Antonio Argerich. Con él se plantea de forma definitiva el problema del emigrante en la literatura argentina. La novela es cruda, realista, pero negativa en cuanto a la caracterización del emigrante y sus posibilidades de integración. Anteriormente se había publicado *Palomas y gavilanes* (1880), que reseño por ser su autor un español olvidado entre nosotros, Ceferino de la Calle, emigrante también y autor de otra obra, *Perfiles y medallones* (1886), subtitulada «Panorama bonaerense. Salón reservado». Preocupado con el tema del emigrante escribe Eugenio Cambaceres *En la sangre* (1887); autor de *Sin rumbo*, novela publicada en 1885 y, según algunos críticos, «totalmente argentina». *Libro extraño*, de Francisco A. Sicardi, expone un mosaico doloroso de la sociedad argentina: «Yo escribo porque en la vida hay madrugadas, noches, casas, caracteres, pobreza y dolor...; porque se vive al lado de muchedumbres que se agitan, revuelven y gritan bulliciosas al cántico de la existencia vertiginosa; porque hay cielo, sol y niños enamorados», escribía el autor. Tendríamos que recordar también a Eduardo Gutiérrez, creador del conocido *Juan Moreira* para el teatro. Y situaríamos aquí a Francisco Grandmontagne como cabeza de unión entre el crudo realismo de Argerich, Sicardi o Cambaceres y los amables cuadros de las obras de Miguel Cané, Payró o José Álvarez (Fray Mocho).

La Maldonada (1898), aunque de menor volumen, algo más pretenciosa, no aporta demasiado a la figura literaria de Grandmontagne. El fue consciente de ello y con esta novela cerró su ciclo de ficcionista: «Con *La Maldonada* muere un novelista que pudo haber alcanzado ho-

norable altura de haber persistido en el género y asoma el ensayista de estirpe satírica con profundo fondo moralizador»¹. *Teodoro Foronda* sí fue importante. En España hemos conocido la figura del indiano, la vuelta del emigrante, pero casi nunca de éste y su circunstancia. Grandmontagne fue el primer español de esa época en dar el resultado de su experiencia personal, contada en vivo, sin excesivas tramoyas literarias. Y fue, literariamente también, una experiencia dolorosa, amarga, en el resultado de unos hijos que se afanaban por borrar cuantas máculas de inmigrante llevaran sobre su cuerpo; la negación absoluta de los orígenes y el nacimiento de cierto nacionalismo creado sobre una base bien pobre.

Grandmontagne, tras una serie de actividades que él mismo relata en *Teodoro Foronda*, llegó a la gran urbe y allí se sorprendió con la amistad de Miguel Cané, gracias a una carta que él había enviado sobre un artículo del escritor, «Tucumana»; era el año 1889. Y el pequeño emigrante encontraba padrino literario. Después llegaría la amistad con Rubén Darío, Unamuno, *Azorín*. En 1896 publicaba, en su imprenta «La Vasconia», *Los raros*, de Darío. Escribe, además, en *La Nación*, *Caras y Caretas*, *La Prensa*... En 1902 vuelve a España como corresponsal de *La Prensa*, en magníficas condiciones económicas. Colabora en *El Imparcial*, *El Heraldo de Madrid*, *El Sol*. Es convidado para formar parte de la Real Academia Española, a lo que se niega, y a ser embajador de España en Argentina, por boca del alevín del dictador Primo de Rivera, José Antonio, en 1926. Grandmontagne lo recuerda: «¿Se da usted cuenta de lo que habría pasado de haber caído yo en esa debilidad? ¿Me ve usted a mí, el expulpero martinfierrista, con uniforme de embajador saliendo de la Casa de Gobierno? ¿Y después en el coche de ceremonias escoltado por los granaderos a caballo? Y luego, aquí viene lo más serio, al pasar por la Avenida de Mayo, todo el personal de *La Prensa* estaría acodado en los balcones para celebrar mi figura de diplomático con una carcajada que resonaría en la Patagonia...»².

En 1905 firma una carta de protesta contra el homenaje que los intelectuales no noventaiochistas querían tributar a Echegaray. Y en 1915, el documento de los intelectuales aliadófilos a favor de las potencias democráticas. El 8 de junio de 1921 recibe homenaje de un grupo de intelectuales: Enrique de Mesa, *Azorín*, Pérez de Ayala, Ramón Gómez de la Serna, Ricardo Baroja, José María Salaverría, Américo Castro, Caro Reggio, Gómez Carrillo, Julio Camba, Manuel Azaña, Manuel Machado, Alfonso Reyes, Arniches, Juan Ramón Jiménez... Grand-

¹ R. SÁENZ-HAYES: «Recuerdos literarios. Grandmontagne, la pampa y los vascos en la Argentina». Conferencia pronunciada en el Jockey Club de Buenos Aires el 23 de septiembre de 1966

² Idem.